

El camarada Arrese nos ha dicho:

“Tenemos encima el sacrificio de esa generación que se inmoló por la Revolución Nacional, y no queda otro camino honrado que seguir adelante. * Ningún falangista de verdad puede aceptar la versión de que si no hacemos más es porque nuestros enemigos no nos dejan. * La verdad de la Revolución reside en nosotros mismos, en cambiar nuestra psicología y nuestra manera de ser.”

«Cuando José Antonio, en el teatro de la Comedia, declaró alzada la bandera de la Revolución Nacional, la Falange, recién nacida, se convirtió en el afán de una juventud que, al encuadrarse en ella, aceptaba con júbilo su destino histórico y se lanzaba a la tragedia y a la gloria de sacrificarse colectivamente por España.

Nosotros, pues, nos sentimos responsables de sus vidas; hemos lanzado a la muerte a una generación, a una de las generaciones más serias, enteras y auténticamente jóvenes que ha tenido España, y sus muertes pesan sobre nosotros como una obligación a cumplir.

Por ello, aunque fuéramos capaces de olvidar el imperativo histórico que nos señala como única fórmula para el remedio de España y olvidáramos también el imperativo de nuestra juventud, que busca como única salida para la angustia de una existencia gris una nueva manera limpia, alegre y cristiana de entender la vida; aunque fuéramos capaces de olvidar todo lo que ha sido hasta ahora la ilusión y el esfuerzo de nuestro Caudillo, no podemos ya renunciar a la lucha. Tenemos encima el sacrificio de esa generación que se inmoló por la Revolución Nacional, y no queda otro camino honrado que seguir adelante. Lo contrario sería la más espantosa de las traiciones; sería quitar valor a lo que los Caídos juzgaron que valía más que su propia vida y convertir su heroísmo en un monstruoso suicidio colectivo.

Lo mejor de España ha dado ya su vida por la Revolución, y la Revolución ha de hacerse.

Por eso, cuando como hoy nos reunimos para rendir cuentas y proclamar consignas, nuestro primer recuerdo ha de ser para aquellos que sobre los campos de Rusia siguen todavía dejando sus vidas a la promesa de una España mejor; y nuestra primer interrogante ha de ser ésta: ¿Qué se ha hecho hasta ahora en el camino de la Revolución? ¿Basta lo conseguido para justificar tantas vidas entregadas a cambio? No. Y no cabe desfigurar esta realidad con razones que no convencerían a nadie. Es cierto que las circunstancias impuestas por nuestra guerra civil y por la de ahora representan un obstáculo importante en nuestro camino; es cierto que la comunidad española sufre un antiguo envenenamiento moral que la incapacita para digerir de golpe todo un sistema opuesto al que venía padeciendo; es cierto que algunos órganos de la Falange, creados y organizados a toda prisa, no pueden dar aún el rendimiento que hubieran dado con un período de gestación más reposado. Pero no creo que nadie sea capaz de justificar con ello esta ausencia de resultados obtenidos.

No hemos soñado nunca con una vida exenta de dificultades; José Antonio quería que la vida nos fuera difícil antes y después del triunfo, y nosotros hemos aprendido ya la fecundidad de los momentos difíciles.

Ni pensemos tampoco que el bulo y la insidia, el rumor y la calumnia, pueden torcer nuestro rumbo. Los que desde el «hall» de un hotel o desde la mesa de un café creen manejar la orientación política, o sueñan todavía con Romero Robledo, o son gentes que, atemorizadas ante la perspectiva de tener que ceñirse a una vida más justa, se dedican a obstaculizar nuestra labor, como lo hicieron los marxistas, los judíos o los separatistas.

Ningún falangista de verdad puede aceptar la versión de que si no hacemos más es porque nuestros enemigos no nos dejan.

La razón hay que buscarla en otro marco más eficaz; y en este orden vemos que a fuerza de emplearse la palabra Revolución y de aplicarla sin control ni respeto, la gente ha llegado a dudar de su existencia, o peor aún: ha llegado a creer que la Revolución es algo que se plantea y que se ordena como un castillo de fuegos artificiales, en el que al hombre sólo

toca esperar sentado a que el espectáculo se produzca.

No; la Revolución no es eso, ni se la puede buscar por las esquinas como un objeto que se nos ha perdido; la Revolución está en nosotros mismos, en cambiar nuestra psicología, nuestra manera de ser y de reaccionar ante los problemas de la vida; revolucionar es revolucionarnos.

Y quizá por esto, porque no se ha logrado meter en el alma del pueblo de una manera tenaz y machacona la verdad de que la Revolución reside en nosotros mismos, aquella unidad de los primeros días, que nadie se paró a pensar en qué estaba basada, pero que era la perfecta unidad buscada por la Falange (unidad en el arrepentimiento, en la hermandad y en la alegría), aquella unidad entre los hombres y entre las clases de España, que llevó a la misma trinchera, en íntimo abrazo y a las órdenes de nuestro providencial Caudillo, al soldado y al falangista, al mercader y al estudiante, al rico y al pobre, aquella unidad se ha roto, en busca de otras unidades más científicas, aunque más finas y más entecas.

Pero no caigamos con esto en creer que debemos captar para el Partido a todas las personas más o menos afines. Esto es una equivocación tremenda que hace confundir dos conceptos tan fundamentales como son los de Movimiento y de Partido.

El Movimiento, camaradas, es la idea; el Partido es el Ejército al servicio de esa idea. Para el Movimiento debemos, sí, ir ganando a España entera, incluso a los que, por mezquindad de espíritu, no son capaces de imponerse y de hacer una labor misionera. Para el Partido, no; los encargados de imponer una doctrina podrán no ser numerosos, pero tienen que ser fanáticos e intransigentes.

Los partidos surgen, y no me refiero a los partidos liberales, como una necesidad biológica de defensa. En tiempo de Felipe II no fue necesario un partido que defendiera la idea católica de España, porque hasta el último arriero la conocía y la amaba; pero si el protestantismo hubiera entrado, automáticamente se hubiera tenido que formar el Partido Católico, encargado de defender la idea nacional.

Y entonces, ¿qué hubieran dicho si ese Partido naciera a la lucha con la ilusión de pactar o de mediatizarse? Pues esto mismo podemos contestar hoy a los que nos piden que abramos las puertas a toda clase de sugerencias.

Pero hay, además, otro gran peligro en este aspecto.

Todas las revoluciones del mundo se han iniciado siempre por la acción de unas individualidades energéticas, que, acertando con el nervio preciso, arrastran en pos de sí una masa férvorosa y creyente; pero al lado de ellas se levanta otra masa infinitamente más numerosa, cuyo papel es el de estropearlo todo.

Es la masa de los desenfocados, de los que por su situación imprecisa en el cuadro general de la Revolución no están capacitados para ligarse a ella. Su único signo es el de enturbiadores de la obra original, que corre el peligro de diluirse bajo su acción pernicioso.

Cuando los grupos rectores han conseguido llegar al Poder, si el afán revolucionario es firme, se produce siempre un fenómeno de selección, de delimitación de campos en defensa propia, y los componentes de la gran masa no tienen más que dos posibilidades: o romper con

su personalidad antigua y conformarse en un todo con el hecho revolucionario, o ser desplazados para la acción política.

Sólo cuando ocurre una de estas dos cosas puede decirse que la Revolución ha triunfado; cuando no, su porvenir es claro: con-



sumirse a sí misma en una monótona repetición de palabras sin sentido.

Este fenómeno ocurre en España como en todas partes. A nuestro lado está la inmensa familia de los que, por incapacidad física, por rutina o por pequeñez de espíritu, viven desconectados de la hora exacta que se impone a todos y se obstinan en interpretar a su manera nuestros más sagrados principios.

Estas gentes, muchas de las cuales se caracterizan por su candor, llegan incluso a considerarse afines a nosotros, que afortunadamente no tenemos que ver con ellos más que en la coincidencia formal de unos mismos signos externos. Hablan, en efecto, de Dios, de España y de la Justicia, pero son incapaces de extraer de estas ideas la vitalidad necesaria para servir las integralmente.

(Continúa en la página 42.)